



Lit. Portabella

ZARAGOZA.

AVENIDA BURLESCA, LITERARIA Y DE INTERESES LOCALES

QUE VERÁ LA LUZ CUANDO Á LOS REDACTORES ACOMODE.

AÑO I.	Domingo 11 de Setiembre de 1881.	NÚM. 2.
<p>PRECIOS.</p> <p>Número suelto en Huesca: UN GRAN PERRO.—Fuera, incluso las Antillas, 10 CÉNTIMOS DE PESETA.—En el país de Bou-Amema: DOS PERROS CHICOS.</p>	<p>REDACCION Y ADMINISTRACION</p> <p>Plaza de Lizana núm. 10.</p>	<p>ANUNCIOS.</p> <p>A precios convencionales.</p> <p>La correspondencia á la Administracion de este periódico.</p>

LAS MUJERES.

Pero... no, no, no... no me quiero meter en honduras porque estoy segurísimo de que saldrían mis apreciables lectores como el negro del sermón.

Para hablar de las mujeres es preciso: primero, conocerlas, segundo, tratarlas y tercero, quererlas.

Yo, ni las conozco, ni las trato, ni las quiero.

No las conozco, porque á decir verdad, es materialmente imposible formar concepto alguno de los diferentes sentimientos y pasiones con que está adornado el corazón de la mujer.

No las trato, porque aunque un número de ellas me honran titulándome su amigo, comprendo que para tratarlas bien, es necesario ser un Periquito entre ellas, lo cual no me hace mucha gracia.

Y no las quiero, no porque no me gusten, no, antes al contrario, soy tan apasionado por ellas que si alguna vez me perdiera no debe buscármese donde falten; pero como en este mísero mundo tenemos algunos seres la fatalidad de que todo nos salga del revés, si alguna vez he pensado en llevar tras de mí el corazón de una mujer he tenido que desistir á causa de volverse la oración por pasiva, no quedándome otro recurso que exclamar como la zorra de la fábula: *están verdes*.

Y no crean VV., en medio de todo, yo he recibido de ellas muchos favores, y si nó, allá vá un ejemplo.

Cuando era chiquitín, me acuerdo que mis hermanas, tías, primas, sobrinas y demás parientes y amigas; mi solícita ama, mi niñera, todas en fin cuantas mujeres me cogían en sus brazos para hacerme caricias, me apellidaban hermoso, querubín, ángel de amor, sol de Andalucía; luna de Valencia, estrella, cometa, satélite y recor-

rían todo el sistema planetario sin duda por antojárselos que aplicarme un epíteto comparándome con cualquier cosa de la tierra, era remontarme muy poco.

Solo una vez me acuerdo de haber tenido motivo para subirme por las paredes.

Iba con mi niñera, que á guisa de lazarillo me conducía al paseo, cuando como desprendida de un alero se vino hacia mí una doméstica mas fea que una peseta lisa y con unos ojos de besugo aguachinado capaces de espantar al bárbaro y sanguinario Bu-Amema, y cogiéndome entre sus garras me suspendió en el espacio; acercándose á la vez su rostro al mío para sellar en él un ardiente beso, exclamando con una voz parecida á la de una gallina cacareando:

—¡Dáme un beso, amor mío!

Yo quedé estupefacto y no he podido nunca explicarme el efecto que me produjo la tal expresión, así es que en un abrir y cerrar de ojos me encontré agarrado como una lapa á las sayas de mi acompañanta, que me contemplaba riéndose á tambor batiente.

Entre tanto, yo asomaba la cabeza por detrás de ella para echar una mirada de horror y desprecio á un tiempo sobre aquel monstruo con faldas que me había dirigido el mayor insulto que podía hacerse á un ser tan presumidillo como yo.

Irme á decir ¡amor suyo!... á mí... á un chico tan hermosote... ¡señores, ese es el colmo de la desfachatez!

Desde entonces no la he vuelto á ver mas, pues cuando me apercibía de que la tenía cerca, escurría el bulto por no admirar una vez más aquel Museo de antigüedades y ridiculeces que llevaba en su cara.

¡Pobre mujer! ¡Qué culpa tenía ella para que así la odiara?

Ella había querido hacerme una caricia con la mas sana intención, y yo, por el solo delito de ser fea, le había tomado un horror indescriptible.. ¡Mas!... señores, está visto; mi cabeza es un

torbellino. He dicho al principio que no quería hablar de las mujeres y me estoy ocupando de ellas.

Hablemos de otra cosa.

¿Y de qué?... ¿Del tiempo?... No, por ser argumento muy usado.

¿De política?... ¡Tampoco! En primer lugar porque no puedo; en segundo porque no quiero; en tercero porque no lo entiendo; y en cuarto, en quinto, en sexto y en quincuagésimo porque no me dá la real gana.

¿De matemáticas?... ¡menos!

¿De filosofía?... ¡buenas y gordas!

¿De astronomía?... ¡Es muy elevado!

Pues entonces... ¿de qué señores... de qué?

¡Aaaah!... ¡yá!... hablaré á VV. de mí... pero... ¡cá!... tampoco me conviene, la crítica es muy mordaz y si hablaba en buen sentido se diría... ¡que memo! y si sacaba á corro todas mis faltas (que las tengo como todo hijo de vecino)... ¡que modesto!

Pues señor, vean ustedes á mi hombre en la estacada y sin poder salir ni á tiros.

Pero... ¡silencio!... ¡silencio!... dejen VV. á mi débil pluma discurrir suavemente por las cuartillas... ¡silencio repito!... ¡al que me interrumpa le pego un tiro!...

Ya entro en materia... (me parece)... si, si... ¡esto es delicioso!... ¡esto es sublime!... ¡ya he dado con el quid de la dificultad!

Está resuelto el problema, y crean VV. que van á saltar de gozo.

En vista de mi torpeza, y como en mi cerebro no haya número para dictar un artículo me limitaré á contar á VV.... ¡un Cuento!

Comienzo pues.

Atencion y oído.

Erase una noche oscura, como boca de... zulú (aquello de boca de lobo es ya muy cursi.)

Iba yo con paso lento por una calleja estrecha estrecha, cuando... ¡ay! (aquí dí un suspiro)...

reclinada sobre el aro de una ventana bastante baja y en actitud de esperar á alguien, vi... vi... ¿No aciertan VV. que es lo que vi?... pues ¡una mujer!

Esto nada tiene de particular pero para conocimiento de los hechos debo advertir, que cuando veo una mujer en una ventana y por la noche, toda la sangre afluye á mi cabeza y se arremolina y da vueltas como una peonza.

¡Y sobre todo!.... ¡aquella noche! ¡ah! yo no acierto á explicar lo que por mí pasó!

¡La miré!... ¡me miró!... y... (no nos digamos nada)

Sin embargo, ¡nuestros ojos se encontraron! ¡y en aquel encuentro un curioso espectador hubiera adivinado todas las revelaciones de un secreto!

¡Sí, señores, un secreto, el cual voy á descifrar á ustedes....

Pero.... ¡ahora que discurro!.... ¿y á ustedes qué les importan mis secretos? ¡qué les importa mi conversacion con aquella niña y lo que hicéramos despues?

Y sobre todo; he dicho que no queria hablar de las mujeres y no hablaré, no señor, no hablaré, ¡pues vaya!.... yo soy un hombre que sabe cumplir su palabra al pié de la letra, y aunque en mi mente exista siempre la idea de la mujer, no quiero hacerlo porqu e no me conviene, pues como he dicho antes, tengo mis razones para ello.

¡Y si yo quisiera! mis queridos lectores, ¡si yo quisiera, cuánto podría hablar!

Pues han de saber VV. que á pesar de mi corta edad y poca experiencia, ya las voy conociendo, ¡oh! si señores, ya las voy conociendo, y si no... ¡á ver! interróguenme VV., y verán cómo sin turbar me en lo más mínimo les contesto al pié de la letra.

¿Que si las mujeres son buenas? ¡Hum! Pues ¡ya lo creo!.... Preguntádselo á aquella beldad sin tram pa que Dios colocó en el Paraiso terrenal para convertir, con sus buenos consejos y mejor ejemplo, á aquel tuno de Adán, por cuya causa andamos todos los séres pertenecientes al sexo feo, hechos unos Adanes, tras de las encantadoras Evas que en derredor nuestro tenemos á cada paso.

¿Que si son virtuosas? ¡Ah! de eso no se hable.... todas, toditas ellas son la virtud personificada.

¿Que si son habladoras? ¡Hombre, por María Santísima! Quien dice eso dice una barbaridad!

¿No las veis en el Teatro? ¡no las veis en la reunion? ¡no las veis en el paseo? ¡no las veis en la visita.... (y sobre todo en la despedida!) ¡no las veis por último en las mil y mil ocasiones en que se encuentran reunidas, aunque sea en un reducido número?

Pues bien.... decidme.... decidme si podrá haber algun mentecato capaz de disputarme qué están como mansas corderitas, sin decir esta boca es mia.... pues si bien se exceptúa algun vestido cortado con afilada tijera y excelente patrón, para fulanita, menganita ó zutanita.... ¡eso no tiene nada de particular! y sobre todo ¡de algo se había de hablar!

¿Que si son amables? ¡Toma! ¡pues hombre! Eso lo están demostrando á cada paso!

Id y decidlas una galantería que no sea de su agrado y, ya vereis, ya vereis cómo os chupais los dedos de gusto.

¿Pues y si las dirigis una declaracion amorosa y no te gustan? ¡Aquí te quiero escopeta!

¿Entonces si que habeis hecho negocio redondo!

Os mamais una plancha acompañada de unas calabazas como un templo, y asunto concluido.

¿Que si son caritativas? ¡Caracóles! ¡pues no faltaba mas!, eso no tiene vuelta de hoja.

Preguntádselo á ese pobre chico que veis discurrir por esas calles de Dios con la cabeza baja y en actitud de meditacion cual si estuviera predestinado el descubrimiento de la cuadratura del círculo, y fijaos al mismo tiempo en aquel balcón en que se destaca la apuesta y esbelta figura de una criatura de rostro angelical, que rodeada de tres ó cuatro de sus más íntimas amiguitas está haciendo gesticulaciones y se rie á mas no poder á la vez que dirige una mirada de desprecio y compasion hácia aquel desgraciado mortal que un

dia pasó las de Cain por creer sus zalamerías y hoy es el «hazme reir» de toda aquella turba de cándidas niñas.

¿Que habian de hacer? Se habian reunido en casa de su amiga X. y con algo habian de pasar el rato entretenidas.

¿Que si son ingratas? ¡Quiá! no señor, ni pensarlo!....

Mas ingratos somos nosotros que las despreciamos á cada momento.... y sino.... ahora mismo ¡no estoy yo diciendo que no quiero ocuparme de ellas por no quererlas!.... ¡Mas!.... ¡calle!.... ¡pues si me he ido por esos trigos de Dios y he venido otra vez á dar con el tal argumento!

¡Vamos!.... está visto señores; ¡cómo ha de ser! ¡hay en el mundo algunos séres que están obligados á no saber lo que se pescan y á mi me está sucediendo eso mismo!

¡Y yo infeliz de mí, que he cometido la imprudencia de decir que era ingrato con ellas!

¡Ingrato, cuando son mi único pensamiento, mi única aspiración y mi única felicidad!

¡Ingrato, cuando conozco como todo el que tiene un poquillo de pesquis que todas esas faltas ó mejor dicho calumnias, que las he aplicado, no son peculiares mas que á un número reducidísimo tan reducido, que se convirtiera en la nada sino por aquello de que en toda regla hay excepcion.

Pero.... amables lectoras, ya me perdonareis pues sois muy indulgentes y cariñosas; y si como dijo el inmortal vate Calderon «la vida es un sueño» haceos cuenta que he estado soñando con vosotras por unos instantes (aunque esto me sucede continuamente) y ¡creed!.... ¡creed tal como os lo digo que llevo siempre vuestro recuerdo en mi triste y apasionado corazon!

L. Labastida.

PESCA.

La pesca ha producido escasísimos resultados en la anterior temporada, pero en cambio la caza ha sido muy abundante, compensándose de este modo la escasez de aquella.

El tiempo con su vertiginosa carrera ha hecho desaparecer las Fiestas de San Lorenzo, sin que estas hayan ofrecido nada de notable; y solo la Compañía que hemos tenido en nuestro Coliseo, dirigida por el inteligente actor Sr. Mata y el baile dado en la noche del 12 en el elegante salon del Casino Sertoriano, han llamado muy justamente la atencion del público.

Tenemos entendido que varias señoritas de esta localidad proyectan una expedicion de pesca que piensan realizar tan pronto como la referida Sociedad del Casino Sertoriano intente dar algun baile. Mucho sentiremos que se confirme la noticia; pero de ser así, la Redacción de EL ISUELA, galante siempre con el sexo bello, ofrece muy gustosa una coleccion de cañas que pueden utilizar para la realizacion de sus deseos.

Agradecemos infinito el saludo tan cordial que nos han dirigido nuestros apreciables colegas oscenses *El Movimiento* y *La Provincia*.

Tambien *El Diario* ha tenido á bien dedicarnos un sueltécito.

Son las doce.... negro cielo, desierta está la calleja; detrás de aferrada reja mujer con tupido velo está inmóvil y perpleja.

A los pálidos reflejos de una lámpara que brilla en una santa Capilla, un galán se vé á lo lejos con embozo á la mejilla.

Con ademan altanero la capa al brazo arrolló; era Don Félix de Avió el mas noble y pendenciero que aquella ciudad pisó.

—Bien, exclamó el libertino, la noche está muy callada.

Y dirige su mirada ora al puñal damasquino ora al pomo de su espada.

Detuvo el paso anhelante de aferrada reja al pié donde la dama se vé.... brilló un *misto* de Cascante encendió un puro.... y se fué.

Se nos asegura por persona de entero crédito, que se han organizado dos medias corridas de toros, con un *espada de cartel*, para la próxima feria de S. Andrés. A ser cierta esta noticia, felicitamos cordialmente á los *verdaderos aficionados*, puesto que, de este modo serán satisfechas sus legítimas aspiraciones, ya que no lo fueron cuando más motivo tenían para esperarlo.

A la incuria del tiempo se destruye aquello que es mas fuerte; todo es negra ficcion que fugaz huye al soplo de la muerte.

Apenas acaricia el pensamiento una grata ilusion, ligera desaparece en el momento cual horrenda vision.

Si alberga nuestro pecho una esperanza, esperanza de amor, el triste desengaño sin tardanza la convierte en dolor.

Y en todas partes, por doquier se mira la humana condicion, en un rincon de su vivienda espira cubierta de afliccion.

Todo es noche, sin luz, sin arboles, todo sombras, tristuras; que lo digan de Huesca los faroles que, siempre están á oscuras.

ABEL.

A la puerta de un establecimiento público, habia dias pasados un caballero, que por *vía de entretenimiento* estaba leyendo el primer número de nuestra publicacion.

Mas cuando recorriendo su vista, llegó á la tercer plana, exclamó con aquel énfasis que acostumbra hacerle esas personas que todo lo entienden, y sin embargo no saben nada:

—A fé, que esto tiene bien poco de particular.

No, le negaremos, ni por asomo, la verdad de sus palabras, pero lo que sí tiene de particular es que el *personaje* aludido tuvo la solemne desfachatez de decir que las décimas que con el título de «Rio Revuelto» acababa de leer, eran,.... ¡¡¡ Octavas Reales!!!

De lo que se deduce que anda en dos piés por misericordia divina.

Si sabrá el *gachó* lo que se pesca?

Nunca como ahora está obligado nuestro excelentísimo Ayuntamiento, á poner el alumbrado que la importancia de la capital requiere; pues con los *parterres* que recientemente se han terminado y las fuentes públicas que han de surtir la de aguas, Huesca ofrecerá un rarísimo contraste: de día.... en pleno siglo XIX: de noche.... antes del diluvio.

Nuestro queridísimo Director y su apreciable familia, han hecho una expedición *veraniega* á sus magníficas posesiones de Orilla, organizando una gran partida de caza. Deseámosle de todas veras, una *matanza* satisfactoria.

También nuestro estimado compañero de redacción D. Luis Lopez, está pasando unos días de solaz y esparcimiento entre su familia de Barluenga.

Desmayos, sustos, gritos, improperios, corridas que pusieron en movimiento á todo el escogido y no escogido auditorio proporcionó la última representación teatral de la temporada pasada.

¡Qué era ello? ¡¡¡Fuego!!! Oímos gritar á un vecino de nuestro palco con estentorea voz; y en efecto, se había inflamado un quinqué de los que alumbraban el proscenio, merced á una caricia que le propinó con la planta del pié uno de los empleados del Teatro al observar que el tubo que en aquel estaba colocado, había caído hecho pedazos.

Dios sin duda quiso que no nos quedáramos sin coliseo, que á no haber mediado esta influen-

cia tan poderosa, hubo tiempo mas que sobrado para prender el telon, antes que se le ocurriera á uno echar una manta sobre el voraz elemento.

Hubo pollo que le vimos con una bandeja de vasos de agua socorriendo á las asustadas niñas; mamá que hizo voto solemne de no volver al Teatro, é infinidad de señoras que movidas cual por un resorte abandonaban su localidad sin cuidarse siquiera del abrigo; mas también hubo jóvenes que presenciaban entusiasmados el espectáculo, fiados sin duda en la lijereza de sus piernas.

Terminó el incidente sin consecuencias; unas cuantas tazas de tila devolvieron á su estado normal los temperamentos mas nerviosos.

SOLUCION DE LA FUGA DE VOCALES

y Charada del número anterior.

Estoy tan *amartelado* con Margarita, que aun cuando *dote* no tuviera si ella me *amara* seria siempre mi favorita.

Mucho la quiero, por vida mia! pero su padre que es un avaro

en darme su hija pone reparo, y yo en *amarla* tengo mania.

Este es mi sueño, esta mi gloria, y aun cuando el padre no me la dé yo desde luego canto victoria Pues cualquier día la robaré.

Charada y fuga de consonantes.

.o .o.e .o.o .o.a J.e.
.i.o.e e. .o.o. u.a .o. .e.

P. G.

OTRA CHARADA EN FUGA DE CONSONANTES.

.a .u.e. .i.a .e. .o.
.e .u.a .o. .u.a á .o.o.
.o. .u. a. i. .a. .ua.o .i.a
E. .ue.a .e .o.o. .o.o.
.o .ue o. .u.a .o .ue.o
a.e.e., au.,ue .e e.e.e
.s .a .i.a .o. .e. .ua.o
.ue .a o .o.o .e .ue.e .

..U.É.

SECCION LITERARIA.

EN LA CAMPANA DE HUESCA.

I.

Dulces y tranquilos son los años que trascurren desde la infancia hasta la pubertad.

A la manera de pura flor que al fresco ambiente de la mañana entreabre sus hojas para sonreír desplegando sus encantos al astro del día, así nuestra inteligencia, despierta de las sombras en que durante la niñez se ve envuelta para sonreír al esplendoroso y refulgente astro de la Ciencia.

En esa hermosa edad en que ni las pasiones turban la paz del alma, ni el conocimiento del mundo empieza á impedir la franca manifestación de nuestros sentimientos, en esa hermosa edad en que todo sonríe y nada contrista, felices y dichosas transcurren las horas.

¡Cuántos recuerdos llenos de belleza los unos, de poesía los otros y de candidez todos, llevamos á la edad de jóvenes, edad que á su vez ha de aportar infinidad de los mismos á la penosa senectud!

No he olvidado ni uno de los episodios que en la época á que me refiero me han acontecido.

Y como de algo he de hablar lector amado, y si placer tengo en recordar, mayor le tengo en escribir mis recuerdos, voy á narrarte el siguiente:

II.

Era el mes de Mayo y á la sazón estudiaba el curso de Historia de España en el Instituto de nuestra querida Huesca.

Para los estudiantes, este mes de suyo tan poético, no es mas que el fatal término de los estudios de aquel año y época malísima; ya para el aplicado, que fluctúa en la duda de sacar ó no la nota apetecida; ya para el que no lo es, que se ahoga en la mas terrible todavia de salir bien ó mal.

Mi conducta académica aquel curso había variado de un modo notable alternando entre buena ó descuidada.

Nuestro justo profesor me premiaba ó castigaba segun mis merecimientos.

En la mañana en que tenía lugar lo que refiero, me había sido requerida una descripción histórica del Reino de Aragón; y muy torpe debí estar en el desempeño de mi cometido, cuando sin mas ambages ni rodeos sonó el timbre de que el profesor disponía y confuso y mohino fui trasladado por un conserje, de la clase al encierro.

Ninguna reclusion mas á propósito para un discípulo de Historia de España que aquella en

que se nos encerraba, porque era precisamente el histórico y tradicional subterráneo conocido, y tan hábilmente pintado por Casado, con el nombre de *La Campana de Huesca*.

En él quedé; (en compañía del libro que nos servía de texto y un poco de anea que en el suelo había,) con la terminante orden de no salir desde las nueve y media, hora en que nos encontrábamos, hasta las dos de la tarde.

Bastante mal humorado con semejante contratiempo, me senté en el monton de anea, agarré mas que cogí el libro y me puse á estudiar con verdadero ahinco, repitiendo infinidad de veces todos los principales hechos y reinos aragoneses.

Dos horas llevaria en esta ocupacion cuando me pareció oportuno descansar. Como el mes de Mayo estaba adelantado el calor se dejaba sentir bastante en el exterior de mi aposento; pero en él, por su profundidad, se notaba un fresco agradable.

Poco á poco fui cambiando mi posición de sentado, en recostado sobre tan modestísimo mullido, y por último, me tendí en el suelo, apoyé la cabeza en el haz y á los pocos instantes dormía profundamente.

III.

Derrepente me sentí trasladado al claustro de un convento.

Hermosos arcos góticos cruzándose formaban una prolongada bóveda; de su punto de intersección pendían encendidas lámparas.

Varios frailes que vestían largos y severos hábitos entonaban con ese bajo murmullo que tanto impone sus acostumbrados rezos al Altísimo.

Una media luz reinaba en el recinto, luz escasa que las lámparas producían aumentada por ténues rayos que lograban atravesar las tupidas claraboyas de ventanas ojivales.

Aquellos rostros en los que á través de luengas barbas se veía la austeridad y la penitencia; el bajo murmurar de los rezos, la oscuridad que llenaba de fantasmagóricas sombras el recinto, me tenían arrobado.

Uno de los frailes se acercó á mí y me dirigió la palabra.

—Puntual, hermano, has sido en tu venida me dijo. Cuarenta años, desde los diez en que fui entrado ha que estoy en este convento, y á pesar de tan larga fecha te he reconocido.

¿Porqué vienes á turbar mi reposo?
—Señor permitirme respondí, no está en mi ánimo intencion semejante ni cuenta me doy tampoco de vuestras palabras.

—Justas y verídicas son y bien expresan mis conceptos. Mi reposo turbas, como mensajero

que del aragonés reino eres venido. Muerto m hermano Alfonso, llamado soy á sustituirle en la corona. Tú aportando este mensaje mi reposo turbas en hora mala. ¿No vén, por ventura, los caballeros del reino que distintas son las sendas que á ambos trazó Dios en esta tierra? Si de conquistas fué la suya, si Tudela, Zaragoza, Tarazona, Calatayud, Daroca, Bayona y Mequinenza, sucumbieron á su espada vencedora, si batallas mil le llenan hoy de gloria, lauros cubren su sepulcro y los nombres de Emperador, Batallador y Padre de su pueblo, su fama perpetuan, Ramiro no cuenta sino rezos con los que cree haber cumplido su destino.

Esto dijo el fraile y sin duda hubiera continuado á no abrirse de par en par las puertas del cerrado claustro y haber aparecido multitud de ricos caballeros, prelados é infinita muchedumbre.

Quedose ésta última sin penetrar dentro y avanzaron pausadamente los prelados seguidos de los caballeros.

Tres eran aquellos; y uno, por su arzobispal traje conocido. Se acercó al fraile y con pausado acento le habló de esta manera:

—Ramiro: Dios os dirige hoy por otro camino del de la oracion y penitencia que hasta ahora habeis seguido. Muerto vuestro hermano Alfonso á manos de los Almoravides en el desastroso cerco de Fraga, llamado sois á sucederle en su reinado. El pueblo os aclama. los ricos hombres del reino, á Pedro de Atares os prefieren, nuestro santo padre Inocencio II de todos vuestros votos os dispensa y obligado estais á seguir el derrotero que en este fausto día se os indica.

—Pues Dios así lo quiere, respondió Ramiro, su voluntad cúmplase y la vuestra, y sacrificados mis gustos queden.

Acto continuo dos apuestos caballeros desnudaron á Ramiro de su hábito y le pusieron una riquísima dalmática y chapelete real, le alzaron en andas y precedidos de los prelados y seguidos de los caballeros y frailes que entonaban un solemne *Te-Deum* atravesaron el largo claustro llegando á las puertas donde la multitud victoreaba.

Admirado estaba yo de cuanto veía y más mi admiración creció de punto cuando observé que sin saber como nos habíamos todos trasladado de las puertas del convento á las de una amurallada ciudad flanqueada por fortísimas y elevadas torres. Contábanse de estas noventa y nueve, y veinte (?) puertas de las cuales la principal era aquella por donde penetrábamos. Con grande asombro mio, conocí que aquella ciudad era la de Huesca. ¡Pero cuán distinta de la que yo había conocido! Mas estrechas y

tortuosas aun sus calles, más irregulares y sólidas sus casas; una inmensa población compuesta de extraños habitantes, que presentaban á mis ojos diferentes trajes; armados de brillante acero los unos, vestidos de abigarrados colores los otros, ostentando curtidas pieles de animales bajo el capuchon de malla aquellos, envueltos en el morisco traje estos, y en confuso tropel unos y otros agolpábanse para ver la comitiva que del convento había salido á la que se habían agregado infinidad de gentiles caballeros montados en briosos caballos, abades, obispos, y ricos hombres con pendones reales; gentiles hombres con blandones, un anciano y respetable caballero llevando una magnífica espada y por último Ramiro aun que con el mismo traje con el que había salido del convento pero además montado en un soberbio y jadeante caballo.

En confuso torbellino veía agitarse toda esta multitud y lo que animación era en un principio, confusión se hizo después y tal y tan grande para mí que fui presa de un vértigo que me aletargó por completo.

Quando pude recobrar me todo aquello había desaparecido.

En vez de encontrarme en las calles de la ciudad, me hallaba de pié en una magnífica sala de un palacio.

A mi parecer había transcurrido infinidad de tiempo.

Ea un rico sillón de Moscovia al lado de una encendida chimenea se veía una hermosísima dama que lloraba silenciosamente, á la par que acariciaba una encantadora niña que tenía en sus brazos. Frente, en otro, con severo y adusto ceño se encontraba Ramiro distraído en dar pequeños golpes cariñosos á un magnífico mastin que gruñía sordamente.

Al aviso del perro, Ramiro alzó la vista y me miró con fijeza.

La dama también me dirigió una sencilla mirada pero no conociéndome al parecer, bajó dulcemente los ojos y continuó en su tierna ocupación.

Ramiro se levantó y abriendo una puerta contigua, me ordenó le siguiera. Juntos penetramos en un gabinete en donde me hizo sentar á su lado.

—Con horror te veo, me dijo, puesto que acudes á mis más terribles situaciones.

—Señor! le respondí con humilde acento.

—Con horror sí, continuó, te miro. Cuando arrebatado fui de mi Convento, en donde desde la edad de diez años me encontraba tributando alabanzas al Creador Supremo, en donde completa dicha gozaba, tu fuiste el fatal mensajero de tamaña desgracia. Cuando alucinado un momento por la pompa con que fui coronado rey, me creí feliz, desapareciste, y desde entonces, algunos años me he privado de tu vista. Hoy apareces de nuevo y me inspiras miedo.

Sabe, cruel mensajero, que desde que soy rey no he visto hora buena. El infierno está abierto para mí y el ángel del mal se ceba en mi martirio.

Sin practica en el manejo de las armas fui el escarnio desde el primer día por mi torpeza en el ceñir la espada, en manejar la lanza. Habríame visto perder con ignominia las batallas, dirigiendo el caballo con los dientes. Ser mal esposo por no conocer si no el amor divino. Ser un débil rey que creí dominar el orgullo de mis nobles, prodigando mercedes que habían de elevarles para después escarnecerme; desde que uní á mi calidad de monje, casto y pobre, la de monarca casado y padre, todos esos títulos me han abrumado; mi único esfuerzo será por conservar el último y hoy es el día para eso destinado; ya que á mi esposa y á mi reino he hecho desgraciados quiero que á mi hija no le quepa triste suerte.

El orgullo de mis nobles me se hace insupportable. Id, os lo suplico al santo abad de mi antiguo convento y manifestadle el estado de mis cosas. La respuesta que os dé traedme.

Y esto diciendo abrió una secreta puerta que al campo conducía y en él me dejó al comienzo de un camino; al fin de este se veían las torres de un convento. Atravesé prontamente la distancia que de él me separaba y notardé en encontrarme junto á sus fuertes muros. Al pié de ello: un monje me esperaba.

—Sé á lo que venis—me dijo, y sin hablarme más palabras me condujo á su celda y de allí á un huerto.

De muchísimas y elevadas coles estaba todo él plantado.

El abad que armado iba de terrible poda-

dera, con sorpresa mía, fué cortando una por una las que orgullosas elevaban su mata á mayor altura y pronto apareció en el centro de aquellas que acababan de ser tronchadas una raquítica y pequeñísima col que antes bajo las otras se escondía.

Nada más me fué dicho por el monje y esto constituyó el recado que llevé á D. Ramiro.

Pocos momentos después de cumplida mi misión el rey me conducía á un subterráneo.

Ahora verás me dijo como traduzco los consejos que en simbólico lenguaje me has traído y esto diciendo, salió breves instantes dejándome abismado.

Un secreto terror me inspiraba aquel recinto. No muy grande y de sencilla arquitectura; profundo y oscuro, toda vez que sus espaciosas ventanas al principio terminaban en imperceptibles aberturas; hé aquí cuanto á mis ojos se presentaba en aquella reducida estancia.

No tardó en aparecer D. Ramiro, seguido de un terrible verdugo que conducía en sus hombros un pesado tajo y se apoyaba en descomunal espada.

Numerosa comitiva seguía llevando una enorme campana de bronce que fué colgada en el centro de la bóveda.

Campana en cuyo borde inferior se veían catorce pedestales que terminaban en afladas espigas cada uno.

Los que habían traído esta campana desaparecieron y quedamos solos en la estancia.

La pequeña puerta en que la escalera terminaba se entreabrió, y el terrible mastin de Ramiro fué á colocarse junto á su amo.

De pié estaba el verdugo al lado del tajo y á la parte izquierda de la puerta; á la derecha el Rey apoyando su descarnada mano en el ferroz perro permanecia de pié reflexionando. En el centro la descomunal campana que de frente á la puerta daba y yo absorto y conmovido, formaba la última figura de aquel cuadro.

Dirigióse Ramiro hacia mí y con firme voz me dijo estas cortadas frases.

—Ya que habeis sido mensajero del consejo, contribuid también á su terrible práctica. En la primera sala que desde aquí se encuentra reunidos están los nobles mas altivos de mi reino. Decid que yo ordeno que de uno á uno por aquí vayan pasando para que cumplida mi promesa respecto á la campana vean.

Subí apresuradamente la escalera y cual D. Ramiro había dicho, en la sala designada se encontraban multitud de caballeros.

—He aquí, dijeron á mi vista, el famoso mensajero del todavía mas famoso Rey Cogulla, ¿Ya está dispuesta esa campana que segun nuestro Rey sonará en España entera?

—De parte de mi Rey os digo, respondíles, que de uno en uno por esa estancia vayais entrando, y segun afirma cumplidas vereis esas promesas.

Dicho esto volví al lado de D. Ramiro sin aguardar respuesta alguna, y no tardó en bajar un noble apuesto las escalas haciendo mofa con sus gestos de la campana que al frente se encontraba, mas ah! que apenas el pié había sentado en el arenoso pavimento cuando agarrado con mano férrea por el verdugo yacia en el suelo sin cabeza.

¡Que escena de horror fue puesta ante mi vista!

A medida que los nobles bajaban la escalera distraídos mirando la campana el verdugo conduciéndoles al tajo separaba sus cabezas de los troncos.

Cuando hubieron terminado sus vidas catorce nobles apareció un prelado en la escalera.

El Rey hasta entonces impasible y silencioso se dirigió á él para formularle esta pregunta.

—Qué le falta buen Ordás á esta campana?

—En mi humilde opinion señor, le respondí con mucha calma, le falta en el centro un buen badajo.

—Tu sentencia has pronunciado exclamó el Rey al tiempo que la cabeza del prelado botaba por el suelo.

Luego el verdugo cubrió las espigas que se elevaban en derredor de la campana con cada una de las cabezas de los nobles y en los respectivos pedestales unos nombres fueron colocados que á cada una de aquellas referían.

De un cordón que por dentro del bronce se veía colgase la famosa del prelado, y el vapor de la sangre que del suelo se elevaba fué el sudario que envolvía estos cadáveres.

Entonces sentí con horror que el verdugo hacia en mi su presa y mi cabeza apoyaba sobre el tajo.

—Tú, vil instrumento de mi crimen, mensajero de todas mis desdichas, exclamó Ramiro, hora es también de que finando tu existencia dejes de ser el buho anunciador de mis desastres.

Y levantando en alto el verdugo su terrible espada sentí la vibración de su caída.

IV.

Mas entonces desperté sobresaltado. El conserje, que abriendo la pesada puerta rechinaba, fué mas bien que mi verdugo, un feliz mensajero que me sacaba del encierro, puesto que era la hora para ello designada.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA ***

¡YO TE ADORO!

Cuando la noche sombría
tiende su negro capuz,
arrebata la luz
al diáfano y claro día;
y la humana fantasía,
meciéndose en sueños de oro,
de las penas en desdoro,
goza viendo las estrellas
argentíferas y bellas,
es que dicen: ¡Yo te adoro!

Cuando sus tintes la aurora,
de dorado rosicler,
orgullosa deja ver,
y cual si fuese la autora
del Sol, que limpio fulgora,
muestra su seno coloro,
que yo, como el mundo, ignoro
si su esencia es cual ambiente;
y brilla tan refulgente,
es que dicen: ¡Yo te adoro!

Si de la tarde la brisa
mece las plantas y flores;
y el ángel de los amores
saluda con dulce risa;
y, alegre, el ruiseñor pisa
el árbol, cantando á coro;
y trisca en el campo el toro;
y la fuente cristalina
riega el prado y la colina,
es que dicen: ¡Yo te adoro!

Y si yo, gacela mía,
cual si fuese trovador,
canto mi dicha y dolor,
mis penas y mi alegría;
y el dulce acento que envía
mi lira, tierno y sonoro,
de amor envuelve un tesoro;
y gozo en tu imagen bella,
que luz vívida destella,
es que digo: ¡Yo te adoro!

Angel Satué Lopez.

Huesca.

Imprenta y librería de José Iglesias.